

## “La autoridad del creyente” – Parte 1

### “Jesús, el último Adán”

Pastor Erich Engler

El domingo anterior, había mencionado la razón por la cual fue necesario que Jesús limpiara con su sangre el Lugar Santísimo en el cielo. Recordemos, que el tabernáculo terrenal era una réplica del tabernáculo celestial. El tabernáculo que Moisés erigió, de acuerdo a las instrucciones dadas por Dios, reflejaba simbólicamente el tabernáculo celestial. Hay muchos pasajes bíblicos que nos hablan de esto, especialmente el libro a los Hebreos.

En nuestra serie sobre el tabernáculo y los diferentes elementos que lo componen, habíamos considerado especialmente el arca del pacto. Sobre este arca estaba la tapa del propiciatorio, la cual simbolizaba la gracia divina. Encima de esa tapa, y a modo de guardianes, estaban los dos querubines. Los querubines pertenecen a la más alta jerarquía celestial.

En Hebreos capítulo 9 versículo 5 leemos:

[y sobre ella \(el arca del pacto\) los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio; de las cuales cosas no se puede hablar ahora en detalle.](#)

Aquí vemos que los querubines eran los que más cerca estaban del trono de Dios. Desde la perspectiva del antiguo pacto, la tapa del propiciatorio representaba la gracia divina, o el trono de la gracia. Estos querubines, con sus cabezas inclinadas y sus ojos puestos sobre la tapa del propiciatorio, eran de alguna manera los guardianes del trono de Dios.

La Biblia nos habla acerca de Lucifer, un querubín de muy alta jerarquía quien estaba en la misma presencia de Dios, cayó en pecado a causa de su orgullo y se convirtió en el diablo o Satanás.

El diablo no fue diablo desde el principio, sino que se convirtió en esto a causa de su pecado. Él es un ángel caído. Antes de su caída, él pertenecía al grupo de los querubines, la más alta jerarquía celestial. En realidad, él era el principal de todos ellos.

El lugar donde Lucifer ejercía su dominio era el primer huerto del Edén. La Biblia hace mención a dos huertos de Edén diferentes. El primero era un huerto mineral, y el segundo, tal como lo conocemos por la historia de Adán y Eva, era un huerto vegetal.

La Biblia nos habla muy claro en cuanto al primer huerto del Edén donde Lucifer ejercía su dominio. Este huerto estaba cubierto de piedras preciosas, de allí pues que era un huerto mineral. Ezequiel capítulo 28 nos habla de esto.

A causa del pecado y de la posterior caída de Lucifer, ese ámbito celestial quedó manchado. Por esa razón, Jesús subió a las regiones celestiales para limpiarlas. La Biblia nos habla acerca de las regiones celestiales manchadas y/o ensuciadas a causa de la rebelión de Lucifer.

En Job 15:15 leemos:

[He aquí, en sus santos no confía, y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos.](#)

Vamos a leer ahora lo que dice en Job 4:18:

[He aquí, en sus siervos no confía, y notó necedad en sus ángeles.](#)

Lucifer, el ángel principal de la máxima jerarquía celestial, se enorgulleció y a causa de esto cayó en pecado, y junto con él una tercera parte de la población angelical. Esa es la razón de las palabras de este versículo. No sólo se revela Lucifer, sino que muchos otros ángeles se plegaron también a su rebelión.

Leamos ahora Job 25:5:

[He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos.](#)

Estos tres versículos nos hablan de la contaminación que la rebelión de Lucifer produjo en las regiones celestiales.

Dios, el creador de todo el universo, no puede crear algo sucio o impuro. ¿Cuándo pues es que se ensució aquello tan perfecto que Él había creado? Luego de la rebelión de Lucifer y de los otros ángeles que se plegaron a él. El pecado de Lucifer contaminó la atmósfera celestial.

Luego de que Jesús hizo su obra en la cruz subió a los cielos. De acuerdo a Hebreos capítulo 4, Jesús después de haber muerto en la cruz y de haber resucitado al tercer día, subió a los cielos. Allí, en el versículo 14 leemos:

[Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.](#)

¿Qué es lo que hizo Jesús cuando traspasó los cielos?

Él subió a los cielos para purificar aquello que Lucifer había contaminado. Esa es la razón por la cual subió o traspasó los cielos. En otros pasajes del libro de Hebreos leemos que Él limpió o purificó las regiones celestiales.

A causa de la obra de Cristo, Satanás no se puede presentar más delante de la presencia de Dios, como lo menciona el libro de Job. El que está al lado de Dios es Jesucristo, y Él intercede a nuestro favor.

En el tiempo de Job, Satanás tenía acceso a la presencia de Dios. Él tenía acceso a todas las regiones celestiales, y por eso se podía presentar libremente delante del trono de Dios. En el libro de Job encontramos varios pasajes que nos hablan de esto.

En Job 1:6 leemos:

[Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás.](#)

Esto podía ser posible solamente antes de la obra de la cruz. Luego de que Jesús muere en la cruz y resucita al tercer día, al encontrarse con María le dice: "¡no me toques, porque aún no he subido a mi Padre!" ¿Qué es lo que Él fue a hacer allí? Él fue al Lugar Santísimo para presentar su sangre y para purificar así dicho lugar, el cual había sido contaminado por Satanás.

Cuando Jesús le dijo a María que no le tocara era porque, en aquel momento, no podía ser posible que un ser humano tocara al sumo sacerdote. Por esa razón, Él subió primero al cielo, purificó las regiones celestiales con su propia sangre, para que desde allí en adelante el diablo no tenga más acceso a ese lugar. El único que está en la presencia misma de Dios, es Jesús. Él está allí, sentado a la diestra del Padre, para interceder a favor nuestro a fin de que no erremos más al blanco. Hebreos capítulo 7 nos habla de que Él está al lado del Padre intercediendo constantemente a nuestro favor.

Antes de la obra de la cruz, en aquel lugar, había alguien que se dedicaba a acusar continuamente a los seres humanos. Ahora, después de la obra de la cruz, hay alguien que está al lado de la presencia de Dios, para interceder constantemente a favor de los creyentes. ¡Qué maravilloso!

Esa es la función que tiene nuestro Señor Jesucristo como sumo sacerdote.

Nosotros llamamos rey a Jesús, pues Él es nuestro rey, o mejor dicho es quien va a venir pronto a establecerse como nuestro rey. El reino de Jesús no está establecido todavía sobre la tierra. Su función actual, y hasta el momento en que vuelva a la tierra para establecerse como rey, es la de sumo sacerdote.

Como tal, Él nos representa continuamente delante del Padre. Su misión principal es orar e interceder a favor nuestro para que no erremos al blanco. Aun cuando erramos al blanco y pecamos, Él intercede por nosotros para que lleguemos siempre a la meta.

En el griego original, el término usado para pecado es: Hamartía, y significa nada más ni nada menos que errar al blanco. Jesús intercede por nosotros para que no erremos al blanco y alcancemos la meta. Él nos justificó de una vez y para siempre por medio de su

sacrificio en la cruz. Por medio de su gracia contamos siempre con el favor divino. Aun a pesar, de que desde la perspectiva humana, hayamos pecado y errado el blanco, eso no quita de que contemos con su favor. El favor de Dios está permanentemente sobre nuestra vida por el hecho de que Jesús está a su lado intercediendo constantemente por nosotros. Aun a pesar de que pecamos y erramos al blanco, precisamente por eso es que Él aboga por nosotros.

A la diestra de Dios ya no está alguien que nos acusa sino alguien que nos defiende. ¿No es maravilloso saber esto?

Es necesario que el creyente conozca esta verdad, pues de otra manera, no puede tener confianza, valentía, y franqueza, y de ninguna manera puede ejercer la autoridad que le fue otorgada por Dios.

Este es precisamente el tema que nos habrá de ocupar a partir de hoy y por un par de semanas: "la autoridad del creyente".

El propósito principal de esta enseñanza es que seamos conscientes de que Jesús recuperó para nosotros la autoridad que el primer Adán perdió. Jesús, como el último Adán, recuperó la autoridad que tenía el primer Adán y que perdió a causa de su caída en el pecado. El primer Adán, al caer en pecado, le entregó al diablo la autoridad que Dios le había dado. Jesús, el único que la podía volver a recuperar, se la quitó al diablo y nos la devolvió a nosotros.

Tú y yo, como creyentes, no estamos sobre esta tierra simplemente a la merced de lo que el diablo y/o personas influenciadas por él, se les ocurra hacer con nosotros. ¡Por el contrario, nosotros tenemos autoridad para poder frenar sus ataques utilizando el nombre de Jesús!

El privilegio que tenemos de poder utilizar el nombre de Jesús y la consiguiente autoridad otorgada por Él, significa alcanzar la plenitud de la gracia. La autoridad que Jesús nos delegó para poder utilizar su nombre nos concede el acceso a la gracia divina en toda su plenitud. ¡Alabado sea el Señor!

La mayoría de nosotros sabemos que Adán, a consecuencia de su caída en el pecado, le entregó a Satanás la autoridad que Dios había delegado en sus manos. La pérdida más importante que tuvo Adán después de caer en pecado fue su autoridad y dominio sobre la tierra. Al fin y al cabo, lo que Adán hizo con esto fue devolverle a Satanás la autoridad que él ya tenía antes de haber sido creado el ser humano.

En realidad, Lucifer, como el mayor exponente de la máxima jerarquía angelical, poseía el ámbito de autoridad y dominio sobre la tierra. Por medio de los engaños y las mentiras de la serpiente, él vuelve a recuperar, directamente de las manos de Adán, la autoridad que le había sido concedida en un principio.

Cuando Jesús fue tentado en el desierto, el diablo le ofreció todos los reinos de este mundo, con la condición que Él postrado le adorase. Este ofrecimiento es de lo más notable.

En Lucas capítulo 4, en los versículos 5 y 6 leemos:

Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra.

(6) Y le dijo el diablo: a ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy.

Aquí vemos claramente, que el diablo tenía la autoridad sobre la tierra.

Debemos tener en cuenta, que el diablo le dijo estas palabras a Jesús, antes de que Él fuera a la cruz. Jesús, en aquel momento, estaba sobre la tierra como el ser humano perfecto siendo Dios a su vez. Él era el Cordero perfecto sin mancha y sin pecado. La Palabra nos dice que en Él no fue encontrado ningún tipo de pecado. Él era el perfecto Cordero de Dios.

La razón por la cual el diablo le vino a tentar era para hacerlo caer en pecado.

Una de las tentaciones es darle la autoridad que le había sido entregada a él. ¿Quién le había entregado esa autoridad? Adán, en el segundo huerto del Edén. La historia la encontramos al comienzo del libro de Génesis.

Como dije anteriormente, Satanás, por medio de mentiras y engaños, vuelve a recuperar, de manos del ser humano, su perdida autoridad sobre la tierra. Es por eso, que le dice estas palabras a Jesús mientras le tienta en el desierto. Satanás puede ofrecerle a Jesús todos los reinos de este mundo, porque éstos estaban bajo su absoluto dominio y autoridad.

Esa es la causa de tanta maldad en este mundo. Nuestro mundo está lleno de influencia satánica y maligna. Algunos se preguntan: ¿Por qué es que Dios no frena esta influencia satánica?, ¿Por qué es que Dios no hace nada para que esto se acabe de una vez? Porque Dios no posee ninguna autoridad sobre este mundo. Jesús es quien la tiene, o mejor dicho, quien la va a tener completamente en el futuro. Actualmente, somos nosotros los que la tenemos, utilizando la autoridad delegada que nos otorga su nombre.

Para poder recuperar esa autoridad perdida, se hizo necesario que Jesús viniera a este mundo, sin embargo Él sólo puede actuar a través de nosotros. Esto lo vamos a aclarar en extenso más adelante en esta misma enseñanza.

El diablo le dijo con razón a Jesús, que toda la autoridad le había sido entregada en sus manos.

Hay dos mundos invisibles paralelos, pero a la vez muy reales. Por un lado, está el mundo espiritual que llamamos: “en Cristo”, y por el otro, está el mundo donde rigen las tinieblas. Nosotros, los creyentes, estamos en el mundo de la luz, en Cristo, y tenemos la autoridad otorgada por Él. Sin embargo, el otro mundo espiritual, donde no está Cristo y rigen las tinieblas, hay otro dios que ejerce la autoridad.

El apóstol Pablo tenía conocimiento de esto y nos dice en 2 Corintios 4:4 lo siguiente:

[En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.](#)

Pablo menciona aquí al dios de este siglo o de este mundo. Pero, ¿Quién es el dios de este mundo? Nuestro Dios no ciega el entendimiento de las personas. ¡Por el contrario, Él es la luz! Él nos ayuda a poder ver su luz.

Sin embargo el dios de este mundo, Satanás, ciega el entendimiento de las personas para que no vean la luz del Evangelio.

Volvamos a leer este versículo:

[el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.](#)

Mientras el ser humano sin Cristo esté en este mundo de tinieblas, no podrá ver la luz del Evangelio. Por eso, se hace necesario, que tú y yo les prediquemos. Cuando nosotros, los creyentes, les predicamos acerca del Evangelio de la gracia, la luz comienza a penetrar en sus mentes entenebrecidas. La luz del Evangelio comienza a penetrar en sus corazones aún a pesar de que están todavía bajo el dios de este siglo. Cuando la luz del Evangelio comienza a alumbrar sus mentes entenebrecidas, están en condiciones de tomar una decisión favorable. En ese momento, sucede lo que dice la Palabra: pasan del reino de las tinieblas al reino de la luz. Eso es, nada más ni nada menos, que creer en Jesús.

Cuando una persona ha tomado la decisión a favor de la luz y comienza a creer en Jesús, ya no le cree al dios de este siglo.

Todo aquel que no cree en Jesús, o mejor dicho que no le acepta como salvador personal, cree automáticamente lo que le dice el dios de este siglo, aún a pesar de que no sea consciente de esto. La persona que no acepta a Jesús como salvador, está expuesta al poder del dios de este siglo. Dicha persona, consciente o inconscientemente, está a la merced del poder de Satanás, quien es el dios de este siglo.

De allí pues que sea tan importante que la luz del Evangelio resplandezca en sus corazones. Cuando esta luz comienza a penetrar, aparece la esperanza.

Donde hay luz hay vida, y donde hay vida está Jesús. La vida y la luz van de la mano.

Aquellos que hemos pasado del reino de las tinieblas al reino de la luz, y que ahora estamos en Cristo, tenemos autoridad y señorío.

En el mundo de las tinieblas, fuera de Cristo, no podemos ejercer ningún tipo de autoridad, por el contrario estamos a la merced de los poderes satánicos. Sin embargo, cuando estamos en Cristo, tenemos autoridad para ejercer señorío. En unos momentos vamos a ver la razón por la cual esto es así.

Para poder comprender mejor el tema de la autoridad espiritual que tenemos en Cristo, es de vital importancia que entendamos los dos pasajes que acabamos de considerar.

Recordemos, que el diablo reconquistó de manos de Adán su autoridad perdida, y el apóstol Pablo lo llama: el dios de este siglo.

A partir de esta base vamos a poder comprender mejor el resto de esta enseñanza.

El pasaje de Job 1:6, el cual nos habla que Satanás tenía acceso a la presencia de Dios, nos indica un lugar determinado. ¿Sabes quién debería haber ocupado ese lugar?

estaba destinado para Adán. Él era el que debería haber ocupado ese lugar. Satanás tenía acceso a ese lugar, simplemente porque Adán le había otorgado dicha autoridad y privilegio.

Antes de caer en pecado, Adán tenía acceso directo a la presencia de Dios. La Biblia nos dice, que Dios se paseaba en el huerto. Adán tenía contacto directo con Dios, él podía hablar con Dios y tener comunión con Él.

Sin embargo, después de su caída, hubo otro que ocupó ese lugar. Ese lugar de autoridad y señorío le pertenecía a Adán, pero él se lo entregó a Satanás.

Jesús recuperó esa autoridad para nosotros, venciendo a Satanás en la cruz.

Por esa razón, cuando estamos en Cristo, tenemos otra vez acceso a la presencia de Dios.

O sea, el lugar que Cristo recuperó para nosotros es el que originalmente le había sido entregado a Adán pero que estaba ocupado por el diablo.

Aquí vemos la obra maestra de Dios. ¿Cómo puede Él volver a poner a Adán en el lugar original? Creando un nuevo Adán. ¡Ese es nuestro Dios!

Veamos como lo hizo Dios. ¡Él es genial!

Dado a que ese lugar de privilegio y autoridad le había sido entregado a Adán, y a que él, a causa de su descuido lo había perdido, ¿cómo se podía ahora volver a poner al ser humano en esa posición? La única manera posible era enviando a la tierra a un nuevo Adán. La Biblia nos habla del primer y del último Adán.

En 1 Corintios 15:45 leemos:

[Así también está escrito: fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.](#)

El contexto donde se encuentra este versículo que acabamos de leer, nos aclara que este postrer Adán es Jesucristo.

Jesús, no solamente es denominado el postrer Adán, sino también: hijo de Adán. Entre los muchos nombres que la Palabra de Dios usa para referirse a Jesús, encontramos "hijo de Adán".

Cuando comprendemos, que la autoridad espiritual que poseemos, está fundamentada completamente en Cristo, comenzaremos a utilizarla. No se trata de decir simplemente que nosotros tenemos autoridad, sino que detrás de esa autoridad delegada, se encuentra, nada más ni nada menos, el postrer Adán.

Si entendemos esto, y utilizamos esa autoridad delegada, vamos a ver muchos más resultados. El que respalda esa autoridad delegada es Jesús. Cuando hablamos de la autoridad del creyente, estamos hablando del poder y la autoridad del postrer Adán quien representa al ser humano.

Cuando la Biblia habla de la bendición dada a Adán, se refiere a la bendición dada a la humanidad. Si Adán es bendecido, esa bendición nos corresponde a nosotros. El nombre Adán significa: ser humano.

En Lucas capítulo 3 encontramos la genealogía de Jesús. Vamos a considerar el versículo 38, pero primero vamos a leer a partir del versículo 23:

Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de 30 años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí,

Aquí dice que se creía que era el hijo de José, pero no solo se creía sino que era realmente así. José, el esposo de María, había sido su padre terrenal aunque él mismo no lo había procreado.

Entre los muchos nombres que la Biblia usa para referirse a Jesús, encontramos, por ejemplo: “el hijo de Dios”, “el hijo del hombre”, etc.

Aquí, en su genealogía, encontramos una palabra muy importante que se repite una y otra vez, la cual es: hijo. Tengamos en cuenta este detalle.

En los versículos siguientes encontramos esto una y otra vez: hijo de tal y tal, hijo de tal y tal, etc. etcétera. Esto es una constante en toda la genealogía hasta el final.

De la misma manera es con nosotros. Cada uno de nosotros es hijo de su padre, que a su vez es hijo de, y que a su vez es hijo de, y así sucesivamente. Así se conforma nuestro árbol genealógico. Si pudiéramos seguir la línea de nuestro árbol genealógico hasta el comienzo mismo, todos seríamos hijos de Adán.

A Dios le agrada el término “hijo”, y éste es además un término espiritual. Cuando la Biblia habla de “hijo”, se refiere tanto al hombre como a la mujer.

Aquí vemos que la genealogía de Jesús comienza diciendo que era hijo de José, y después sigue así sucesivamente. Aunque aquí figura el nombre de José, él no era su padre carnal. Todos sabemos que Jesús fue engendrado por el Espíritu Santo. Sin embargo, el nombre de José aparece para poder seguir la línea genealógica hasta el final. No vamos a leer ahora todos los versículos para no mencionar todos los nombres que allí aparecen, pero prestemos atención al último versículo de este capítulo. Allí, en el versículo 38 leemos:

hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Todos sabemos que Jesús es hijo de Dios, pero inmediatamente después de Dios aparece Adán. Esto equivale a un título, Jesús es hijo de Adán. Éste es uno de los muchos títulos que identifica la persona de Jesús.

Jesús es hijo de Dios pero se encarnó en un cuerpo humano para venir a este mundo. Visto desde la perspectiva humana, Jesús es hijo, o descendiente directo de Adán.

Es interesante que aquí se describa la genealogía completa de Jesús. Esto se hacía necesario para poder comprender mejor el origen, y/o la naturaleza del nuevo Adán.



Volviendo al principio mismo de la genealogía de Jesús vemos que Él es denominado hijo de Adán, y de acuerdo a lo que leímos en 1 Corintios Él es el postrer, o el último, Adán. Eso significa que no existe ningún otro Adán entremedio.

Al decir que Jesús es el último Adán, la Biblia se refiere a su posición espiritual, una posición de autoridad y dominio.

¿Por qué se hacía necesario un segundo Adán? Porque el primer Adán había perdido su posición de dominio y autoridad. Jesús, como el segundo y último Adán, recuperó esa posición de dominio y autoridad.

Es importante observar el principio del árbol genealógico de Jesús. Él, en su aspecto humano, es un descendiente directo de Adán. Recordemos que el nombre Adán significa: ser humano. Jesús se hizo hombre para venir a habitar entre nosotros. En otras palabras, Jesús se hizo Adán.

Puesto que Jesús, en su aspecto humano, es hijo o descendiente directo de Adán, pudo ser el único con derecho legítimo a recuperar el dominio y autoridad sobre la tierra, capacidades y privilegios que el primer Adán había perdido a causa de su caída en el pecado.

Sólo los descendientes directos de Adán tenían derecho a ejercer dominio y autoridad sobre la tierra. Por eso, se hacía necesario que fuera un descendiente directo del primer Adán, el que la recuperara. Solo alguien perteneciente a la familia de Adán podía estar en condiciones de recuperar el dominio y la autoridad perdidos. Por esa razón, es que Jesús viene a ser el último Adán. Él, como descendiente directo del primer hombre, hablando naturalmente desde la perspectiva humana, es el único que posee derecho legítimo para recuperar la autoridad perdida. Dicho todavía más claramente, Jesús, como el último Adán, es el único con derecho legítimo para exigirle al diablo la devolución de la autoridad robada.

El primer Adán, entregó dicha autoridad al diablo, al acceder a sus engaños y mentiras. Solo alguien de la misma familia de Adán, tenía el derecho legítimo para exigirle al diablo su devolución.

Aquí encontramos un principio interesante sobre el derecho que tenemos a heredar todas las bendiciones que Cristo ganó para nosotros. La Biblia habla de que somos coherederos con Cristo.

Si en lo natural, a causa del apellido de nuestra familia, tenemos derecho a alguna herencia, esta siempre será limitada. Sin embargo, como cristianos, cuyo nombre deriva de Cristo, tenemos el derecho a toda la herencia que Él ganó para nosotros.

Con nuestro apellido natural, vamos a heredar solo cosas naturales. Si bien, esta herencia puede llegar a ser bastante grande, de todas maneras será limitada.

La herencia que nos corresponde como cristianos, por el nombre de la familia de Cristo, es cuantiosa e ilimitada. Como cristianos, tenemos derecho a recibir la herencia que nos corresponde.

Repito, el primer Adán se desprendió de su autoridad, pero el segundo Adán, alguien de su misma familia, haciendo uso de sus derechos legales, la recuperó otra vez.

Dios es el creador de este mundo maravilloso, el cual en un principio no estaba desordenado y vacío. A través de enseñanzas anteriores, hemos aprendido que cuando Dios hace algo lo hace hermoso. Él no hace algo que esté desordenado y vacío. Este mundo, queda en esas condiciones, después de la caída de Lucifer como ángel de luz. Él fue el causante de que el mundo quedara en esas condiciones. La especialidad del diablo es desordenar, vaciar, y destruir. Dios hace las cosas hermosas, llenas, y abundantes. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. Dios mismo dijo: “fructificad y multiplicaos y llenad la tierra”.

El ser humano encuentra y/o descubre permanentemente nuevos tesoros en las profundidades de la tierra, por ejemplo: yacimientos petrolíferos, etc. etcétera. Por más que muchos científicos afirmen que las riquezas terrestres se están acabando poco a poco, esto no es así. Sería imposible que el ser humano llegue algún día a agotar las reservas divinas. Dios creó una tierra llena. Por todas partes podemos constatar su abundancia. Sería absurdo pensar, que un Dios de plenitud y abundancia, se hubiese equivocado en el cálculo ¿verdad?

Dios ha puesto en la tierra mucho más de lo que el ser humano puede llegar a precisar. Estoy convencido, de que las reservas petroleras más grandes que existen todavía no han sido descubiertas o encontradas.

Dios creó un mundo lleno y abundante y se lo entregó a Adán al mismo tiempo que le dio autoridad y dominio sobre él. Adán es el heredero directo de Dios.

Dios le entregó la tierra a Adán para que la llene y la domine; para que señoree sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todas las bestias que se mueven sobre ella. Adán poseía derecho hereditario. La herencia del padre siempre le corresponde al hijo. Adán era el heredero directo de Dios.

Siguiendo la línea genealógica de Adán, llegamos a Jesús, quien además de ser también heredero directo, fue el único que tenía derecho legal para quitarle al diablo la autoridad usurpada.

De allí pues, la importancia de la genealogía de Jesús descrita en Lucas capítulo 3. Jesús, como descendiente directo de Adán, tenía derecho legítimo a recuperar la autoridad usurpada por el diablo. Jesús recuperó la autoridad y el dominio sobre la tierra, otorgados en un principio al primer hombre, quien permitió que el diablo se la quitara de las manos. Adán fracasó rotundamente en el intento de mantener la autoridad, el dominio y el señorío sobre la tierra.

Adán, debiendo haber ejercido dominio sobre la tierra y debiendo haber protegido esa autoridad tan preciada, fracasó rotundamente. Pero más tarde, aparece Jesús, y recupera esos derechos otra vez. ¿Cómo hace para exigirle al diablo que se los devuelva?

La Biblia nos dice que Jesús vino a destruir las obras del diablo. ¿De qué manera lo hizo? Por medio de su sacrificio en la cruz. Él derramó allí su sangre despojando así al diablo de sus poderes.

En 1 Corintios capítulo 2 versículo 6 leemos lo siguiente:

Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen.

En otra versión dice: [El poder que ellos tienen está condenado a desaparecer.](#)

Aquí se hace mención a que la sabiduría o señorío de los príncipes de este siglo es perecedera. La expresión “los príncipes de este siglo” se refiere al diablo y a sus secuaces.

Visto desde la perspectiva de la obra de Cristo en la cruz, el señorío de los príncipes de este siglo ya ha desaparecido. Para nosotros los creyentes, quienes estamos en Cristo, estos poderes ya han desaparecido, pues Jesús recuperó el señorío y el poder. Los poderes demoníacos tienen influencia aún sobre este mundo, pero esto también desaparecerá definitivamente. ¿Cuándo sucederá esto? En 1 Corintios capítulo 15 versículos 24 y 25 encontramos la explicación clara de cuando ha de suceder esto. Para nosotros, los creyentes, estos poderes ya han perdido su dominio pues tenemos la autoridad que Cristo nos delegó. Sin embargo, en cuanto a lo que al mundo se refiere, estos poderes todavía ejercen su dominio y autoridad. Leamos los versículos que acabo de mencionar:

[Luego el fin, cuando \(Jesús\) entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia.](#)

[\(25\) Porque preciso es que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.](#)

La supresión de todo dominio, autoridad y potencia de los poderes diabólicos ya es una realidad en nuestras vidas, dado a que Cristo los venció en la cruz y nos delegó su autoridad. Cuando nosotros somos atacados por esos poderes diabólicos, tenemos autoridad para vencerlos utilizando el nombre de Jesús. En ese sentido, nosotros los creyentes, ejercemos dominio y autoridad sobre ellos. Pero, para el mundo esto recién sucederá al final de los tiempos, cuando el Señor vuelva a la tierra. Recién entonces, todo dominio, autoridad y potencia serán puestos definitivamente bajo el estrado de sus pies.

El versículo 24 explica, que recién allí Jesús va a entregar el reino al Dios y Padre. Aquí vemos claramente, que Dios el Padre no posee en la actualidad ninguna autoridad y/o dominio sobre esos poderes. Él recién va a tenerlos de nuevo cuando Jesús se los entregue al final de los tiempos.

¿Quién es entonces el que actualmente posee el dominio y la autoridad sobre esta tierra? El último Adán: Jesús, y no Dios el Padre.

Al final de los tiempos, aun el último Adán: Jesús, después que entregue el dominio a su Padre, se pondrá Él mismo bajo su autoridad. Cuando Jesús, al final de los tiempos, someta definitivamente toda autoridad, incluyendo la suya propia, al Dios y Padre, le entrega así nuevamente el dominio sobre la tierra.

Sin embargo, aún todavía y hasta el momento en que Jesús vuelva a la tierra, la autoridad y el dominio está en las manos de los descendientes de Adán, o sea, nosotros los creyentes.

Cuando entendemos este principio espiritual, nos damos cuenta que no tenemos necesidad de pedirle a Dios que haga tal o cual cosa en este mundo, o que evite que sucedan ciertas

cosas. Actualmente, Dios no posee autoridad y dominio sobre la tierra. Aún a pesar de eso Él tiene todo bajo control. El dominio y la autoridad sobre la tierra está en las manos del último Adán y sus descendientes.

Observemos lo que Jesús mismo dijo después de su resurrección y antes de ascender al cielo. En Mateo 18:18 al 20 leemos:

De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo.

(19) Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.

El versículo 19 involucra diferentes aspectos, pero se refiere definitivamente también a nuestra autoridad delegada. Leamos otra vez ese versículo:

(19) Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos.

(20) Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Jesús está entre nosotros por medio de la autoridad de su nombre. Estas palabras que acabamos de leer se las dijo Jesús directamente a sus discípulos. ¿Cómo podemos asegurar que son válidas para nosotros también hoy? Porque la misma autoridad delegada que tenían los discípulos la tenemos nosotros hoy.

Vamos a ir ahora a Mateo 28:18. Allí leemos lo siguiente:

Y Jesús se acercó y les habló diciendo: toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

Es claro que Jesús tenía toda potestad y autoridad en el cielo ¿verdad?, sin embargo, Él dice también aquí que tiene toda potestad y autoridad en la tierra.

A Jesús le fue entregada toda potestad y autoridad sobre la tierra. Él, como el último Adán es quien posee esa autoridad.

Los versículos del capítulo 18 de Mateo, que leímos anteriormente, contienen las palabras que Jesús les habló a sus discípulos antes de su muerte en la cruz. Las palabras del capítulo 28 de Mateo, las dijo después de haber resucitado. La muerte en la cruz no le quitó autoridad, por el contrario. Después de la obra de la cruz, Jesús tuvo aún más autoridad sobre los poderes demoniacos.

Las palabras que leímos, pronunciadas al pequeño grupo de los 12 discípulos, aumentan en significado y proporción después de la obra de la cruz, pues éstas son válidas para todos sus seguidores.

Algunos piensan que esto era válido sólo para los discípulos que estaban con Él. Es cierto que las palabras del capítulo 18 fueron pronunciadas a aquellos discípulos que estaban con Él, sin embargo, las palabras pronunciadas después de la resurrección son válidas para todos los cristianos en general.

Él nos ha entregado autoridad y poder para que actuemos en su nombre.

Después de la obra de la cruz, e inmediatamente después que Jesús pronuncia estas palabras, envía a sus discípulos a predicar el Evangelio.

Él no les envía con las manos vacías, sino que les otorga el mismo poder y la misma autoridad que le había sido entregada a Él. ¿Cómo podríamos cumplir con la gran comisión que Él nos encomendó si no tuviéramos autoridad y poder sobre los poderes del enemigo?

El envío y la comisión de predicar el Evangelio, nos otorga al mismo tiempo autoridad y poder para hacerlo. Nosotros no podemos hacer absolutamente nada sin el respaldo de su autoridad y poder.

Jesús les dice a sus discípulos que toda autoridad y potestad le había sido dada en el cielo y en la tierra, y luego les envía para que actúen en su nombre.

En los versículos siguientes leemos:

**(19) Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;**

**(20) enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.**

Él nos ha encargado una misión, pero a la misma vez nos otorga su autoridad y poder y nos asegura que está con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Actuar usando el nombre de Jesús, va a producir el mismo efecto como si Él mismo estuviese actuando. Al enviarnos por todo el mundo a predicar el Evangelio, y al decirnos que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo, nos está delegando su autoridad. De allí pues, que la autoridad y el poder está en las manos de los descendientes de Adán, del último Adán.

Por medio de esta enseñanza he intentado hacerte consciente de la autoridad que tienes en Cristo. En las próximas enseñanzas vamos a considerar como la gracia divina nos otorga el acceso a esa autoridad, y cómo podemos llevarla a la práctica en las diferentes situaciones de nuestra vida cotidiana.

Vamos a ver también que, para ejercer esa autoridad, no siempre es necesario orar. En determinados momentos y/o circunstancias solo basta con dar una orden haciendo uso de la autoridad delegada que tenemos para que suceda lo que estamos esperando. No quiero decir con esto que la oración no sea más necesaria, sino que vamos a poder establecer la diferencia cuando debemos orar y cuando basta sólo con hablar haciendo uso de la autoridad delegada.

Hoy he intentado poner el fundamento para que seamos conscientes acerca de la manera en que podemos representar a Jesús sobre esta tierra. Nosotros, los creyentes, somos el cuerpo de Cristo sobre la tierra. Si Cristo, es quien tiene todo dominio y autoridad, quiere decir entonces que nosotros, siendo su cuerpo, tenemos dominio y autoridad sobre la tierra.

Por medio nuestro, Cristo está sobre la tierra. Esto no se refiere a nosotros como personas, sino a nosotros en la posición, Él es la cabeza y nosotros somos su cuerpo.

Antes de finalizar, vamos a considerar todavía un pasaje más. En 2 Corintios capítulo 6, versículos 14 y 15 leemos:

(14) No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?

(15) ¿Y qué concordia Cristo con Belial (=la personificación de la maldad o Satanás mismo)? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?

Aquí se hace una comparación entre la luz y las tinieblas, entre la justicia y la injusticia. ¿Somos nosotros, los creyentes, la justicia en Cristo? ¡Si, la Biblia se refiere a nosotros como a los justos! La Biblia también dice que nosotros somos luz y sal para este mundo. La Palabra nos llama creyentes. Nosotros no tenemos nada que ver con los inconversos. Nosotros, somos el cuerpo de Cristo sobre la tierra.

Nosotros, como luz, sal, justicia divina, creyentes, somos el cuerpo de Cristo sobre la tierra. El cuerpo está unido a la cabeza, y todo junto conforma una unidad. Cristo es la cabeza, nosotros somos su cuerpo. Nosotros, como cuerpo de Cristo, les representamos a Él sobre la tierra. Dicho de otra manera, Cristo está sobre la tierra por medio de su cuerpo.

Cuando hablo de los creyentes y/o del cuerpo de Cristo, no me estoy refiriendo a nuestra iglesia local o a una iglesia en particular, sino a todos los creyentes sobre la faz de la tierra. Todos los que creen en Jesús son una parte de su cuerpo. Nosotros, como iglesia local, somos naturalmente una parte del cuerpo de Cristo, pero el cuerpo total se constituye con todos los creyentes sobre la faz de la tierra.

No podemos ser luz, sal, justicia y al mismo tiempo formar parte de los poderes demoníacos ¿verdad?

La comparación que se hace en este pasaje nos habla claramente de la posición que tenemos en Cristo, somos la luz, la sal, la justicia, somos parte de Él mismo.

Jesús, es el último Adán. Él no es el primer Adán, ni siquiera vino a sustituirlo en su estado original tal como lo describe Génesis capítulo 1, sino que desciende de la línea de Adán. De la misma manera es con nosotros, los creyentes. Nosotros no somos Cristo mismo, pero al formar parte de su cuerpo somos también una parte de Él.

¿Qué es lo que nos muestra esto? Que poseemos autoridad delegada. Él nos entregó su autoridad para que actuemos en su nombre. Cristo tiene autoridad, por tanto nosotros también la tenemos. Él recuperó para nosotros la autoridad y dominio que había perdido el primer Adán.

Esta verdad es muy profunda. Lamentablemente, la gran mayoría de los creyentes no está en condiciones de comprenderla, y mucho menos capacitada para ejercer dicha autoridad. Para muchos creyentes esto suena como una utopía, sin embargo, si la Biblia nos llama el cuerpo de Cristo y la cabeza no se puede separar del cuerpo, entonces somos "Cristo" sobre la tierra.

El cuerpo no funciona por sí solo sin la cabeza, ni la cabeza actúa por sí misma sin el cuerpo. El cuerpo y la cabeza conforman el total de la persona, el cuerpo y la cabeza son una unidad. Considerando entonces esta simple comparación, Cristo está hoy sobre la tierra por medio de su cuerpo. Nosotros, los creyentes, somos el cuerpo de Cristo. Él es nuestra cabeza. ¡Alabado sea su nombre! Amén.



**iglesiadelinternet**  
El sitio diferente en la Web

**iglesiadelinternet.com**

*¡La gracia de Dios cambiará tu vida!*

*Efectivo a nivel internacional, porque es de bendición para miles de personas en todo el mundo. Contribuye a su bienestar espiritual.*

*De gracia recibimos, de gracia damos.  
Descargas gratuitas. Servicio de discos.*

*Prédicas, enseñanzas, seminarios, devocionales, etc.  
Amplia temática bíblica de aplicación práctica en la vida cotidiana. (Audio mp3, video y texto)*

Contacto: [ministerio@iglesiadelinternet.com](mailto:ministerio@iglesiadelinternet.com)  
¡Muchas gracias por visitarnos!

¿Ha sido Usted bendecido/a por esta enseñanza? Le animamos a compartirnos un breve testimonio o agradecimiento, es una manera de bendecirnos a nosotros y a otros:

[gracia@iglesiadelinternet.com](mailto:gracia@iglesiadelinternet.com)  
[ministerio@iglesia-del-internet.com](mailto:ministerio@iglesia-del-internet.com)

### Donaciones, transferencias bancarias:

**"Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáramos de vosotros lo material? 1. Corintios 9:11**

Beneficiario: Familienkirche  
Código Postal: 8640 Ciudad: Rapperswil  
Cuenta, IBAN: CH8208731001254182059  
Banco: Bank Linth LLB AG  
BIC/SWIFT: LINSCH23  
Código Postal: 8730 Ciudad: Uznach  
País: CH (Suiza)

**Más información en:**  
[www.iglesiadelinternet.com/donaciones](http://www.iglesiadelinternet.com/donaciones)